

¡Ah, nuestros Cerros,  
donde la fuerza atómica  
algún día . . .  
vendrá a servir al hombre,  
y en donde  
se moverán los ascensores  
con la gracia y agilidad  
de las gacelas a vuelo de pájaros! . . .

¡Ah nuestros Cerros  
los que no deben recoger  
el polvillo mortal

de las sorpresas tenebrosas,  
de la miseria tenebrosa. . .  
Ni en los días de amarillo dorado,  
ni en las noches  
con banderas de sueño,  
ni cuando la luna  
va en su viaje  
con María  
y Jesús,  
y su borrico! . . .

De su libro inédito *Valparaíso*.

SARA VIAL

## La ciudad indecible

Detén tu escaleras un instante  
para alcanzar tu rostro,  
después serás el vértigo o el humo,  
hoy quédate en reposo.

¡Escapas desde el mar, no te detienen  
las riendas del vacío,  
¡en ti la gravedad es una rosa  
de fresco devarío!

¿Qué fábula te enrosca a lo imposible,  
qué cable te sostiene,  
a qué urbanización de las estrellas  
destinarás tus sienas?

Prefieres levantar sobre la espuma  
tus altas propiedades  
de polvo y vendaval, volando lejos  
de las otras ciudades.

Con lápiz de arco iris te dibujan  
los vientos de la infancia,  
¡yo tuve allá diez años y una ausencia  
parecida a las lágrimas!

Bajé del laberinto de los sueños  
por tu costado de agua,  
me puse como un rápido pañuelo  
tu niebla en las mañanas.

Desciende de tus trenes un segundo,  
detén tus ascensores,  
no corras en el aire, suelta un rato  
fugaz tus pescadores.

Quiero mirar tu rostro mar afuera  
del cuerpo en que he crecido,  
saber en qué terminan tus balcones  
recién humedecidos.

Subida a tu desván estaré viendo  
los viejos mascarones  
que me contaste ayer, los volantines  
antiguos, las visiones  
de todo lo que fuera tu reflejo  
distante, perseguido.  
Detén tus escaleras un instante.  
¡Quiero apresar tu olvido!

*La ciudad indecible*. Imprenta Victoria. Valparaíso, 1958.

ALEJANDRO GALAZ

## Casablanca

Esa aldea tan vieja es un barco velero  
que una recia tormenta arrojó a la llanura.  
Hay en todas las cosas un dolor marinero  
y en las almas labriegas una sed de aventu-  
[ra.

Junto al puerto del alba, desde el muelle  
[del monte,  
yo miré muchas veces las pupilas aldeanas

navegar pensativas hacia el ancho horizonte  
y llenarse de cosas imposibles, lejanas.

Cara al sol o a las nubes, en tormenta o  
[bonanza,  
con las manos asidas al arado bravío  
y vaciando en los surcos tanta incierta espe-  
[ranza,  
cada obrero es un fiero capitán de navío.

Los árboles son astas donde el viento impa-  
[sible  
estremece banderas libertarias y francas.  
Otras veces son mástiles de algún barco  
[imposible  
donde fingen las nubes velas grises o blan-  
[cas.

¡Oh, esa aldea de brumas, con olor a can-  
[ciones  
y tristezas marinas (Vieja nave hecha aldea,  
te asemejas a aquellos desolados pontones  
que arrojó hasta las playas una enorme  
[marea).

Todo en ti es lejanía. Inquietud. Sed de via-  
[je.  
un deseo de irse por las rutas ignotas.

Las pupilas se cansan frente al mismo pai-  
[saje  
y el oído se llena de canciones remotas. . .

Todo en ti es sed de viaje. La querida al-  
[deanita  
se me fue no sé adónde. . . yo la quise y la  
[quiero.  
(Es tan triste esta aldea). Era rubia y bo-  
[nita  
y se fue una mañana por un nuevo sen-  
[dero. . .

Esta aldea parece una barca viajera  
que las furias oceánicas arrojaron al llano.  
¡Hay en todas las cosas un dolor marinero  
y nostalgia en las almas por un puerto leja-  
[no!

*Molino. Valparaíso, 1935.*

FERNANDO BENVIGNAT

## Las torres de La Serena

Torre de San Francisco,  
tus campanas de bronce  
tocan en dísticos.

La voz de la Colonia  
fatigada de tanto  
contar las horas.

Torre de Santo Domingo  
tus campanas se aureolan  
de azul marino.

La voz de los misales  
bordando de letanías  
el villancico del aire.

Torre de la Catedral,  
tus campanas cantan  
en madrigal.

Coro de la epifanía;  
deslumbra de claridad  
el diamante del día.

Torre del Tránsito,  
tu campanita lejana,  
entre sueños, sonando.

Su voz de plata  
va encendiendo de rosas  
los alabastros del alba.

Torre de la Merced,

la fiesta de tus campanas  
es de oro y miel.

Prodigioso cantar:  
la ronda de los infantes  
en noche de navidad.

Torre de San Agustín,  
tus viejas campanas  
repican en gris.

Tu campana grande va surcando el día.  
¡Oh claro recuerdo de Booz  
y de Ruth moabita!

Torre de los Misioneros,  
tu campana es  
un anillo de oro en el viento.

Un anillo de oro en el viento:  
la corona de un salmo  
o la guirnalda del evangelio.

Torre de Santa Inés:  
¿tu campana sonó alguna vez?

Torre de las Carmelitas,  
tu campana en mi barrio  
es una dulce amiga.

Es una dulce amiga  
que apenas conocemos  
los que amamos la vida.